

**ACADEMIA MEXICANA  
DE LA HISTORIA  
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID**



**DISCURSO DE RECEPCIÓN DE LA:**

**Dra. Clementina Díaz y Ovando**

**Sillón: 5**

**30 de septiembre de 1975**

**RESPUESTA DEL ACADÉMICO:**

**Dr. Miguel León Portilla**

# La novela histórica en México

Dra. Clementina Díaz y de Ovando

Señor director de la Academia, señores académicos, señoras y señores:

Nadie más sorprendida que yo de verme aquí, en esta alta corporación, la Academia Mexicana de la Historia, pues soy muy consciente de los escasos méritos que en mí concurren para esta honrosísima designación. Vaya mi profundo agradecimiento a quienes se atrevieron a presentar mi candidatura, los doctores Miguel León-Portilla y Jorge Gurría Lacroix, y lo mismo a los distinguidos académicos que me dieron su voto, así como a los demás que de manera tan cordial me han aceptado. A todos reitero mi más sincera gratitud.

Mucho me intimida el hecho de ocupar la silla número cinco que fuera del gran crítico literario, ensayista, historiador y poeta don Francisco A. de Icaza.

No menos me intimida la responsabilidad de suceder al ingeniero don José López Portillo y Weber, hijo de uno de nuestros más destacados novelistas José López Portillo y Rojas, el autor de *La parcela*, una de las más sobresalientes novelas de tipo rural con que cuenta la literatura mexicana.

Don José López Portillo y Weber, como él mismo se califica, "tapatío por los cuatro costados", nace en una familia de ilustre y rancio abolengo, que arranca del siglo XVIII, y en la que la cultura tuvo asiento y fervor. Fue su padre quien, desde muy niño, le inculcó el interés por la historia y su gran pasión por cuanto se refería a las realidades culturales de la Nueva Galicia, en particular Jalisco.

Vino, por primera vez, a la ciudad de México cuando su padre fue llamado a la capital por el general Bernardo Reyes. En 1907 era ya alumno del Colegio Militar y en 1913 integró la escolta de cadetes que acompañó al presidente Francisco I. Madero, del Castillo de Chapultepec al Palacio Nacional, al iniciarse la Decena Trágica. Cumplida esta misión, se alistó en la batería de artillería instalada por el rumbo de San Antonio Abad que bombardeó la Ciudadela. El 9 de octubre de 1913 recibió su despacho de teniente de infantería con título de Estado Mayor. Esta su experiencia militar habría de traducirse en su obra de historiador: descripciones y mapas de batallas.

Hacia 1916 entró a trabajar en la industria petrolera, participó en la elaboración del Reglamento de esta industria en 1925 y como perito en la expropiación de 1938. Su conocimiento en este ramo se manifiesta en excelentes trabajos, de obligada consulta para la historia económica de nuestro país: *El petróleo en Veracruz, México, el mundo y el petróleo*, *El petróleo en México y sus obras*, *A veinticinco años de la expropiación petrolera*, *La obra de los mexicanos*. Una y otra vez en tales aportaciones aflora su gran admiración por el presidente Lázaro Cárdenas.

La auténtica vocación de López Portillo y Weber lo hizo, durante muchos años, consagrarse al estudio de los documentos, pero no por eso su obra es la de un simple compilador. Con mente ágil, acucioso análisis y criterio interpretativo, se interesa por la historia indígena, la colonial y moderna de México, como lo prueban los muchos y excelentes artículos que publicó en las *Memorias* de esta Academia.

Dos libros fundamentales nos dan a conocer el magnífico y grandioso pasado del occidente mexicano *La conquista de la Nueva Galicia* (1935), que fue contribución de la Secretaría de Educación Pública al Vigésimo Sexto Congreso de Americanistas, reunido en Sevilla, España, el 12 de octubre de 1935, y *La rebelión de Nueva Galicia* (1937), obra de gran utilidad, no sólo por el espléndido estudio que conjunta la heroicidad indiana y la tenacidad española sino, además, por la ventaja de la serie de mapas de las campañas de Nuño de Guzmán, planos de ciudades y batallas contra los señoríos de Jalisco.

José López Portillo y Weber sucumbió también, en parte, al hechizo de la historia novelada y nos dejó la obra *Cristóbal de Oñate*, en la que funde los hechos históricos con el ambiente y las costumbres.

Las aportaciones del historiador López Portillo y Weber en la fluidez de su prosa demuestran su amplia cultura, sus conocimientos científicos y, desde luego históricos, su pensamiento liberal, o por mejor decir revolucionario, así como su gran probidad intelectual. La lección que no podemos soslayar es su equilibrio, su serenidad, que no es la del frío historiador positivista, sino el emocionado convencimiento de que el historiador mexicano no puede ni debe ser ni anti-indigenista ni anti-hispanista. Esta convicción da a su obra un mayor valimiento: reconoció él la realidad del pueblo mexicano cuya historia embargó su vida.

## LA NOVELA HISTÓRICA EN MÉXICO

Confiados en su triunfo, los románticos influidos por la filosofía de la historia de Vico a Herder, se lanzaron a principios del siglo XIX a renovar el arte de escribir la historia. Como reacción a la historia ilustrada de luz y sombra, se interesaron por la naturaleza histórica del hombre: sus creencias, sus sentimientos, sus condiciones peculiares de vida. Con el novelista Walter Scott a la cabeza, vieron en la novela histórica, que cumplía con esa historia romántica de sentido más completo, y en la que había una dimensión de nostalgia, la vía de comunicación más idónea para rescatar el pasado con todos aquellos matices en que la historia no podía detenerse y lograr así, con tal forma de acercamiento novelado, que recreaba poéticamente ese pasado, una historia más cabal, rica y variada. El propósito fue dar a los personajes y a cuantos vivieron en el ayer una magnitud más real, saturándolos de vida, vivificándolos, permitiéndoles ir y venir con todas sus pasiones, sus sentimientos auestas, enmarcados en el ambiente y circunstancias de la época.

Los novelistas histórico-románticos se desentendieron de las críticas de historiadores y preceptistas que los acusaban de no encontrar el equilibrio entre la realidad y la ficción. Esa estabilidad que, cimentada en la realidad, pudiera ser transfigurada artísticamente para hacerla más verdadera y más dramática según las necesidades de la narración. Se apartaron de la historia cuantas veces les vino en gana, se inclinaron en muchas más ocasiones por la imaginación, pues creían más en la verdad novelesca que en la historia. De manera que la interpretación romántica en estas novelas históricas fue siempre plena de pasión, con pretensiones de objetividad, nunca imparcial; mal podía serlo pues la historia es siempre interpretación.

Los anatemas de historiadores como Leopoldo von Ranke, de los preceptistas no les hicieron mella, tenían una trascendente misión: educar. La novela histórica fue el adecuado instrumento para poner en práctica aquellos ideales griegos recogidos de la Ilustración: *instruir y deleitar con un fin moral*. Con esa responsabilidad hondamente sentida quisieron llevar a un copioso público no sólo "el espíritu de una época", sino también las doctrinas sociales, la defensa de las ideas, de los sentimientos, de las creencias, proporcionar juicios históricos, políticos, conmover por medio de la literatura de historia, la conciencia social.

La novela histórica, renovándose, ajustándose a cada movimiento literario o histórico, ha llegado con todo éxito hasta nuestros días.

Tal tipo de producción romántica, cultivada en toda Europa con rotundo resultado, traducida por los exiliados españoles liberales en Francia e Inglaterra, llegó a Hispanoamérica y la primera novela histórica escrita en castellano, de autor anónimo, es *Jicotánca*, publicada en 1826 en Filadelfia. Sobre ella hay un magnífico ensayo de José Rojas Garcidueñas. A esta importante novela siguieron muchas. México fue el país de mayor producción de novelas históricas.

El pretencioso y extenso título que he dado a este discurso: *La novela histórica en México*, queda aquí reducido, y con sus aseguces, a un pedacito, pues en vez de hacer un farragoso, un interminable catálogo de novelas históricas, prefiero referirme a la obra del inquieto general Vicente Riva Palacio, a quien he rondado durante muchos años, y dada mi pasión por este inteligentísimo liberal, al que ningún camino ni vereda de la cultura mexicana le fue ajeno, es natural que no haya podido evitar que su novela histórica sea el asunto de esta modesta disertación: apenas unos apuntes. Hay mucha tela de donde cortar.

Riva Palacio ensancha el campo de la novela histórica en México, crea la novela colonial, los muchos que le siguen son epígonos, además presenta el gran interés de ser el único novelista que pasa de su adiestramiento de novelista histórico-romántico a historiador eminentísimo, de alto temple. En él se cumple el ideal de un historiador de vocación y que es también un buen escritor para expresar, no de cualquier modo sino literariamente, la verdad histórica, punto éste en que se relacionan la historia y la literatura, pues a la verdad histórica no le es indiferente, sino sustantiva la manera como se expresa esa verdad.

Riva Palacio dirige la monumental obra *México a través de los siglos* y en el tomo segundo *El virreinato*, recobra el pasado colonial, propicia la "tesis de un mestizaje espiritual" y busca afanosamente el ser nacional.

A mediados del mes de marzo de 1867, el general de brigada, Vicente Riva Palacio, después de haber inaugurado todavía con el eco de los cañones los cursos en el Instituto literario de Toluca y de pronunciar un brioso discurso en que resaltó la necesidad de educar al pueblo, abandonó la ciudad y se dirigió a Querétaro a unirse a las fuerzas del general Mariano Escobedo. Poco después llegó el coronel Manuel Ignacio Altamirano, que quedó a las órdenes de Riva Palacio.

Me place imaginar que durante los muchos días del asedio, cuando la derrota de los imperiales estaba al llegar, a la vista, Altamirano y Riva Palacio, discutirían los planes que llevarían a cabo para que el triunfo de las armas tuviera la confirmación de las ideas, pues sólo de este modo la victoria alcanzaría su plenitud. Una segunda campaña menos visible, pero tan eficaz como la lucha armada, se continuaría en este campo.

Esta difusión de las ideas se lograría con una literatura de carácter nacional, corolario indispensable del triunfo, y el mejor medio para hacer llegar a un público aficionado a las obras novelescas el conocimiento de la historia de México, su luminoso y trágico acontecer, sería, desde luego, la novela histórica.

Aquel día 15 de mayo de 1867, los soldados de la República, entonando la canción de Riva Palacio "Adiós mamá Carlota", entraron en Querétaro. El Imperio estaba derrotado. El tenaz y largo forcejeo entre monárquicos y republicanos concluía con el triunfo de la República.

Edmundo O'Gorman, en *Supervivencia política novohispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano* (1969), nos dice cómo con el triunfo liberal se liquidó uno de los grandes utopismos que lucharon por la constitución ontológica de nuestro país. Con la victoria republicana se plasmó la conquista de la nacionalidad y, México, afianzado en su ser republicano, se realizaba como país moderno y, a la vez, universal.

Riva Palacio, liberal por derecho de nacimiento, bien comprendía la urgencia de justificar y defender con la acometividad de las ideas la ganada causa de la República, hacer del dominio público la bondad y trascendencia del republicanismo, de nuestro recién constituido ser histórico a fin de cobrar conciencia de nosotros mismos. Y esta misión que se impuso la realizará a través de la novela histórica.

En abril de 1868, Riva Palacio se inicia como novelista histórico. Su primera obra, *Calvario y Tabor. Novela histórica y de costumbres*, de tema contemporáneo: histórico y político es el testimonio como actor y testigo, su dato personal —aunque nunca aparezca en el relato— de la lucha contra la Intervención y el Imperio. Es también, la exaltada defensa de México que, de nación disminuida por la soberbia europea, gracias al esfuerzo de sus hijos, conquistó el lugar entre las

naciones civilizadas a que tenía derecho, afirmó su ser nacional en el ámbito americano y acrisoló su destino. "Las naciones europeas —comenta Riva Palacio— pueden muy bien aborrecernos, pero ya se cuidarán de no despreciarnos."

Pagada en *Calvario y Tabor* su deuda con el jefe de guerrillas Nicolás Romero, con sus chinacos, con sus pintos, con ese ejército popular que lo siguió en sus campañas por tierras de Michoacán, Riva Palacio vuelve los ojos a la historia en busca del esclarecimiento de los problemas que hicieron explosión en sus días. Y en la búsqueda de las fallas y errores que provocaron los problemas de su época que tenían antecedentes remotos o inmediatos, Riva Palacio va a dar a la historia colonial, tan rechazada por ser instancia española por la Independencia.

Con la reconstrucción imaginativa de la novela, de los personajes, todavía bajo el mandato de la Ilustración: *instruir y deleitar*, va a desenvolver la historia política, las condiciones materiales y sociales de la Colonia con un claro propósito: rescatar el pasado colonial, integrarlo a la historia de México, y dar la batalla en favor de la libertad y el respeto a la persona humana. La novela histórico-romántica le venía como anillo al dedo. Para el buen fin de sus miras Riva Palacio contaba con una parte muy sustanciosa del archivo de la Inquisición, además con el conocimiento de los siglos XVI y XVII, abrevado en la obra de Gómara, Las Casas, Bernal Díaz del Castillo, Herrera, Alva Ixtlilxóchitl, Sahagún, Camargo, Zumárraga, Cavo, Solís, Alamán, Prescott, amén de otros historiadores.

A mediados del mes de julio de 1868 empezó a publicar, por entregas, la novela histórica *Monja y casada, virgen y mártir. Memorias del tiempo de la Inquisición*. Antes de terminar el año apareció la continuación *Martín Garatuza*. Riva Palacio sostiene ante el editor que los personajes y los episodios son históricos, pues "he logrado encontrar —dice— preciosos datos en la gran oscuridad que envuelve la historia de las costumbres de la época". También jurará, aunque en vano, serle fiel a la verdad histórica, pues como buen romántico cree a pie juntillas que sólo la novela histórica puede dar "idea verdadera de la historia". Asimismo reitera su imparcialidad pero, desde luego, no puede cumplirla, la parcialidad le gana, es en su obra impulso vital.

Los personajes que figuran en estas novelas son históricos: Martín de Villavicencio Salazar, pícaro más conocido como Martín Garatuza o Martín Droga, personaje que actúa como hilo conductor entre las dos novelas, falso clérigo, tiene dases y tomares con todas las clases de la sociedad, ya que anda ayudando a los criollos a sacudirse la tutela española; el virrey don Diego Carrillo y Pimentel, marqués de Gelves, el arzobispo de México, don Juan Pérez de la Serna, los oidores, los corregidores, hasta los personajes novelescos parecen reconocer un parentesco histórico, tomado de algún legajo inquisitorial. Son también históricos los que aparecen en otras de sus novelas.

La prensa periódica, en general, celebró la aparición de estas novelas que abrían un amplio campo a la literatura mexicana, y en las que el autor había tenido la oportunidad de consultar y estudiar debidamente los "archivos del sangriento

tribunal de la Inquisición" y en donde los personajes y muchos sucesos no se apartaban de la verdad histórica. No dejaba sin resaltar el mérito de estas novelas en las que se describía con los encantos; de la imaginación y los encantos del pasado "la romancesca vida de la época, más novelesca de nuestra historia".

El interés de Riva Palacio iba más allá de la mera reconstrucción de la "romancesca vida colonial". Con el artificio de la novela histórica, quería calar más hondo; sacudir la conciencia de los lectores, principalmente de las lectoras.

Las mujeres fueron durante el siglo romántico "devoradoras" de toda clase de novelas: históricas, sentimentales, o simples folletines, les daba lo mismo, y es que en estas novelas se encontraban siempre protagonistas, siempre objeto de idolatría y admiración y, muchas veces, en el ensueño de la novela columbraban también la emancipación prometida en esas formas morales más libres que disfrutaban los personajes. Liberación por la que combatirían escribiendo novelas y, ahora, con congresos.

A esa mujer, incansable lectora de novelas, Riva Palacio forzando su sentimentalismo, su inclinación a compadecerse, a llorar, quería hacerla aceptar la moraleja de su novela. Con suerte la curiosidad femenina llevaría a leer *Monja y casada y Martín Garatuza* a algunas jóvenes y lindas "mochitas", esas que veían con horror a los liberales por considerarlos herejes, y que según se lee en aquella su deliciosa "Obertura a toda Orquesta. Estudio comparativo entre México y el Celeste imperio, escrito por un imparcial que nunca ha estado en la China" (6 de agosto de 1868), aún podían tener la enmienda, que era ya imposible para sus papás; echarles por tierra las versiones negativas sobre los principios de la Reforma, que esas "mochitas" solían escuchar con demasiada frecuencia en el confesonario y en el círculo familiar. En cuanto a las "chinacas" se afirmarían orgullosamente en sus convicciones.

Tanto en las citadas novelas como en *Calvario y Tabor*, Riva Palacio exhibe su poco respeto a las reglas de la estructura que, naturalmente, le falla. Pero demuestra que sabe narrar, salir airoso en las disertaciones, retorcer la hebra episódica del relato, descubre su pródiga inventiva, el dinamismo de la acción, el ágil manejo del lenguaje, del diálogo. Su empeño se centra en la descripción del ambiente, físico y moral, en las ideas y en los sentimientos ya que escribe para un público dilatado, cuya cultura no va más allá de las obras de ficción, para esa clase media que era la que leía y a la que tenía que hacer comulgar el mensaje, aun a costa de la creación artística, ese transparente mensaje que el novelista histórico-romántico considera la razón de ser de su obra.

Dadas las circunstancias políticas del momento, la interpretación histórica de los sucesos de la Colonia utilizados en provecho de sus fines, tenía que expresar ese mensaje, para su mejor comprensión, sin rebuscamientos, con sencillez, sin alarde intelectual. Pero tampoco podía comunicársele al lector a rajatabla, había que aliñarlo bien y con maña. Para ello echa mano de todos los manidos recursos de la novela de folletín: la acción cargada de intensidad dramática, el acusado sentimentalismo, la extensión del relato. Y con una salsa tremebunda condimenta las mencionadas novelas y las que le siguieron, pues en una novela romántica, como

en la conocida canción, todo cabe sabiéndolo aderezar. Riva Palacio conocía que toda esta provocada expectación era el anzuelo que jalonaba a la lectura y había que valerse de ella: bueno era el general para pararse en pintas de poner más o menos truculencia. No hay que olvidar que estas novelas se publicaban por entregas y había que sacarle jugo a lo que ahora llamamos *suspense*. La crítica ha visto con muy malos ojos esta inclinación truculenta de Riva Palacio pero no repara en su valioso mensaje.

La novela *Monja y casada, virgen y mártir*, con este título ya de suyo sensacional, como todo lo que aquí acontece, tiene un tema pasional: la historia de dos mujeres a las que se contrasta, doña Blanca de Mejía, bella, bondadosa, pura, víctima de la desgracia de ser monja y casada, virgen y mártir, y Luisa, una mulata de hermosura extraordinaria, depravada, pero a la que la piedad redime. A este sencillo y ajado tema, con innegable habilidad, Riva Palacio lo enriquece con tramas y subtramas de carácter político en las que los episodios tomados de la historia colonial le sirven para expresar juicios históricos y las ideas que importan a su intención.

Para abrir boca, la novela empieza con una crítica, apegada a la verdad histórica, sobre la manera cómo se llevó a cabo el establecimiento del monasterio de Santa Teresa la Antigua, fundación "que es una de las más tristes memorias de la teocracia colonial".

En los capítulos "De lo que pasaba en la muy noble ciudad de México, en la noche del 3 de julio del año del Señor de 1615" y "Cómo ganaba sus pleitos el ilustrísimo señor don Juan Pérez de la Serna", Riva Palacio se basa en la *Crónica de los carmelitas, y corregidas algunas fechas y añadidas algunas circunstancias tomadas del Paraíso Occidental de D. Carlos de Sigüenza y Góngora*, copiadas literalmente en el *Diccionario de Historia y Geografía* (1853).

Siguiendo la crónica, y casi sin adobo, cuenta cómo el arzobispo don, Juan Pérez de la Serna decidió levantar el convento de carmelitas descalzas, fundación en la que desde los años del arzobispo-*virrey* fray García Guerra estaba empeñada Sor Inés de la Cruz, muy distinta de Sor Juana; Pérez de la Serna no se anduvo con remilgos y en la madrugada del 4 de julio de 1615, abusando de su poder, con el Santísimo Sacramento en procesión —era muy dado a usar este recurso—, con la ayuda, en la novela, de su familiar Martín Garatuza, acompañado de gente de baja ralea, violenta y clandestinamente tomó posesión de las casas que, según un testamento que de antemano amañó, pertenecían a las futuras descalzas, y sin ninguna compasión desalojó a los azorados inquilinos.

Sor Inés de la Cruz narró el espectáculo lastimero de la expoliación archiepiscopal con inaudito desenfado, sin asomo de caridad, antes bien, con el regocijo de haberse salido con su capricho, a pesar de las lindezas que los inquilinos le endilgaron, muy merecidas pues tanto a ella como al arzobispo les *sirvió de recreación* ver a los vecinos medio desnudos, cubiertos con frazadas o en camisa, dando voces, por lo que hubo de traerse a dos alguaciles para sosegarlos.

Por lo que relata Sor Inés de la Cruz, se ve que el novelista se quedó corto, fue imparcial.



En estos conventos fundados tan de mala manera, y en los otros muchos que en la ciudad abundaban, se contrariaban las voluntades. Al de Santa Teresa la Antigua, don Pedro de Mejía en *Monja y casada*, deseoso de apoderarse de la fortuna de su hermana doña Blanca, la hace entrar monja sin vocación, la obliga a abandonar el amor.

El tema de la monja enamorada, solitaria y pesarosa, recluida en el convento contra su albedrío, lo eleva a categoría artística la más admirable novela histórica del romanticismo: *Los novios* de Alejandro Manzoni. Tema esencialmente romántico, encuentra, como es lógico, sus raíces en la Edad Media.

De las quejas, del desconsuelo de estas infelices mujeres que en el convento afloran la vida, el amor, la dicha, habla la poesía española. Cuánto dolor, desesperación, angustia, hondura metafísica hay en el ruego de una amenazada doncella que nos conserva esta hermosísima glosa anónima del XVI.

Agora que soy niña  
quiero alegría  
que no se sirve Dios  
de mi monja.

Agora que soy niña  
niña en cabello,  
¿me queréis meter monja en el monesterio?  
¿Agora que sé de amor me metéis monja?  
¡Ay Dios, que grave cosa!  
Agora que sé de amor de caballero,  
¿agora me metéis monja en el monesterio?  
¡Ay Dios, que grave cosa!

Así también nuestra monja criolla que no quiere ser frailla, pues, como la peninsular, sabe de amor de caballero, lamenta la prisión que la priva de la dulzura, de la ilusión del amor. Y en su ansia de libertad se escapa del convento, se casa a secretas, pero descubierta, el brazo secular la entrega a la Inquisición, en cuyas cárceles padece los más espantosos tormentos y, más tarde, la muerte.

Riva Palacio ha ido directamente al corazón de las lectoras que, una vez abierta la compuerta de la compasión, no podían menos que aceptar que la Reforma las había liberado, les había dado la oportunidad de elegir su destino. La supresión de los conventos era una necesidad y, hasta era posible, que perdonaran a don Manuel Delgado que con tanta diligencia había destruido iglesias y conventos. Este aspecto de la Reforma quedaba plenamente justificado.

Después de presentar a don Juan Pérez de la Serna de manera tan poco airosa, como hombre egoísta, colérico, ayuno de piedad cristiana, Riva Palacio vuelve a traerlo a cuento, ahora como ambicioso, intrigante, revolvedor del reino, deseoso de que la Iglesia dominase sin contradicción alguna, afán que conduce al arzobispo a enfrentarse al poder civil. Encuentra en la historia el episodio que necesita: el

célebre tumulto de 15 de febrero de 1624. Relata entonces con todo detalle y sin falsear la verdad histórica, la preparación y el estallido en que lucharon el clero levantisco, codicioso de riqueza y poder, olvidado de sus deberes y la autoridad civil, el arzobispo don Juan Pérez de la Serna y el virrey don Diego Carrillo de Mendoza y Pimentel, marqués de Gelves y conde de Priego.

En este tumulto —tan conocido y comentado que no es necesario hacer hincapié en él— el clero, abusando de todas las armas de la Iglesia, reafirmó sus fueros: apetencia de dominio, poder y riqueza. El todopoderoso arzobispo quedó dueño del campo, venció al poder civil; el virrey no tuvo más remedio que retraerse al convento de San Francisco.

Otro episodio que aparece en *Memorias de un impostor, don Guillén de Lampart, rey de México* (1872), para demostrar una vez más el poder absoluto de la Iglesia, es la toma sorpresiva y escandalosa del virreinato por el arzobispo de México, tan aborrecido de los jesuitas, don Juan de Palafox y Mendoza y la degradante aprehensión del virrey duque de Escalona.

A1 buen entendedor pocas palabras, el lector menos avezado pronto descubriría la intención de Riva Palacio al insertar en la novela el tumulto de 1624, pues estaba expuesta llanamente: la cercana contienda liberal de 1857 encontraba sus antecedentes en la de 1624, era, como ésa, el reto del clero, desviado de su misión, desafío basado en cuestiones personales —resguardo de privilegios— y no de dogma; y el clero de 1857 adversario de los reformistas no se diferenciaba, muy mucho, del ensoberbecido, anheloso de dominio del siglo XVII. La gran victoria histórica de los liberales 1856-1857 y decisiva en 1859, no quería la humillación padecida por el de Gelves, sino el mutuo respeto: la Iglesia dedicada a su ministerio y la autoridad civil en lo suyo. Por lo mismo, a la Reforma que bregó por la desvinculación de Iglesia-Estado le asistía la razón, la justicia.

No andaba tan descaminado Riva Palacio en machacar en la conciencia de los lectores la vindicación de la causa reformista, el problema era tan complejo, tan arraigado, que volvería a brotar con mayor encono en 1926.

Un tema que no podía quedarse fuera en la novela de Riva Palacio era el pasado indígena, tan bienquisto por nuestro romanticismo y admitido como suyo por los criollos desde el XVII. Tema más adelante condenado por don Marcelino Menéndez y Pelayo, Antonio Caro y otros comedidos, por considerarlo "mero exotismo", ajeno a mexicanos y extranjeros. Menéndez y Pelayo sostuvo que el arte de Walter Scott, de Hugo, el duque de Rivas y José Zorilla resultaba inadecuado a la poesía americana.

El pasado indígena —pese al desdén, a la incompreensión europea— nunca fue tema exótico para misioneros, cronistas, historiadores de Indias, criollos del XVII y del XVIII y tampoco a las letras españolas. El Renacimiento lo aceptó y el indio entró por la espaciosa puerta del arte convertido en héroe a la manera de los héroes de la antigüedad clásica. El tema, con los nuevos matices que le diera el

XVII —otro entusiasta de los exotismos— vino a ser, en pluma romántica, un grandioso pasado merecedor de la exaltación, punto de apoyo para rechazar la instancia hispana; sus héroes Xicotécatl y Cuauhtémoc testigos de cargo de las atrocidades españolas.

Es muy significativo —como se ha señalado— que la primera novela histórico-romántica, *Jicotécatl*, escrita en lengua española se publicara en América, y que la historia por contar desde entonces, hasta ahora, sea en muchas novelas, poesía y teatro, la indígena.

La apología romántica por el pasado indígena hubieron de recogerla los liberales y, cuando la paz tranquilizó los ánimos, Altamirano, en 1868, invitó a los escritores conservadores o puros a acercarse a la grandeza de la historia indiana, a justipreciar su sabiduría, sus leyendas, sus monumentos artísticos. A rescatarla de las deformaciones europeas, principalmente de las españolas, y esta labor patriótica, aconsejaba el maestro, debía hacerse por medio de la novela histórica.

Riva Palacio se detiene en su obra novelesca *Martín Garatuza y La vuelta de los muertos* (1870), en ese glorioso pasado indígena. En esta última, se refiere al viaje de Cortés a las Hibueras y a las intrigas de sus enemigos pequeños —dice— ante ese gigante de valor y arrojo que es Cortés, víctima del desagradecido monarca que mandaba fiscalizar al hombre que "le había conquistado un mundo que se sentaba sobre una base de plata, que se extendía hasta recibir en sus brazos los dos océanos y con el cual la naturaleza se había mostrado locamente generosa". No hay en *La vuelta de los muertos* —como en otros novelistas— dicerios para Cortés. Se aquilatan sus méritos y errores con justiciera visión.

Riva Palacio dedica muchas descripciones al loor de la naturaleza mexicana, pinta la vida indígena, las costumbres, el palacio de Moctezuma, los tesoros escondidos que buscan incansables los conquistadores, los ritos religiosos y profanos, las danzas, los trajes recamados de plumas coloridas, las armas; la sabiduría de los sacerdotes, de los viejos. La novela se salpimenta con nahuatlismos y mexicanismos.

El personaje novelesco, el indio Tetzáhuitl, heredero de Cuauhtémoc, nombre que significa "portento", con su hermoso color de trigo tostado por los ardores del verano, aparece en sus regios atavíos, en su noble apostura. Tetzáhuitl representa la raza azteca, el apego a sus tradiciones, el respeto a los antepasados, este héroe cuyo emblema: "tan alto vuela el águila que no la alcanzan los tiros del cazador", aprovechando la ausencia de Cortés, de que aún viven formidables caudillos, miles de indios resueltos, pretende la libertad de su pueblo. En la novela se despliega el dramático momento en que se funden las dos culturas, en que el indio es obligado a renegar de sus creencias y, aunque converso, sigue prendido a sus dioses. Se recalca su impotencia, su zozobra, pues no obstante su decisión heroica es vencido una vez más por los hados.

En la historia antigua de México para Riva Palacio hay dos héroes: Xicotécatl al que consagra un estudio en *El Libro Rojo* (1870) y Cuauhtémoc de quien se ocupará toda su vida. Y este su interés por el héroe trasciende la novela, como

propulsor de su culto y revaloración del pasado indígena, manda, siendo ministro de Fomento, al escultor Miguel Noreña, esculpir la estatua de Cuauhtémoc y logra que, como enseñanza objetiva de historia con un sentido moral, se coloque su efigie en el Paseo de la Reforma. Y el héroe indígena revestido de todos sus atributos, a la manera de los héroes griegos —como tanto placía a Altamirano compararlo—, es la sombra benéfica que protege y custodia el valle.

Aún en nuestros días ese fervoroso entusiasmo de Riva Palacio ha originado inflamadas polémicas.

Y por uno de los muchos artificios que a la imaginación de Riva Palacio solían venir con más frecuencia que los tolerados por la verdad histórica, en la novela *Martín Garatuza* anuda el pasado indígena la inconformidad y ansia de libertad de los criollos —temas que estaban dentro de la emancipación literaria e intelectual de su época— y el proceso de la familia Carbajal, todo bajo el capelo del Santo Oficio.

Como consecuencia del motín de 15 de febrero de 1624, los españoles, cuenta el novelista, andaban acobardados, trataban a los criollos con tales miramientos que éstos llegaron a conocerlo y "la idea de la independencia brotó en los cerebros de los hijos de aquel país. La ocasión no podía ser más oportuna: la tierra sin gobierno, sin tropa, los españoles divididos y la exaltación apoderada de los corazones era el momento".

El levantamiento lo fijan los conjurados para el 5 de noviembre de 1624: todo contribuye al éxito. Debemos —dice el padre Salazar uno de los conspiradores— dar el grito y levantar el trono de Guatimotzin y de Moctezuma Ilhuicamina: *Tenochtitlan libre, y libre el antiguo imperio de los aztecas*. El trono del México libre lo ocupará, Leonel Salazar, descendiente legítimo de Cuauhtémoc. No hay, pues, problema de legitimidad para ese trono.

El criollo del siglo XVII que va cobrando conciencia de sí mismo, como ser diferente del español, sin asidero ni historia, rechazado por los españoles, en la noche oscura de su humillante desamparo, busca su identidad, su ser histórico en el pasado indígena y al grito de *Tenochtitlan libre* se lanza a la revuelta y a la muerte.

En esa búsqueda de arraigo, se afirma en la exaltación del pasado indígena don Carlos de Sigüenza y Góngora, estudia en códices y manuscritos el antiguo esplendor mexicano, lo limpia de lo demoníaco, lo hace suyo, y a través de él lo expresa como su historia. En este camino está también el genio del XVII, Sor Juana Inés de la Cruz.

Riva Palacio en *Martín Garatuza*, desdobra el resentimiento, la rivalidad entre criollos y advenedizos españoles, la lucha por sacudir el poder político de España y ese desasosiego por la libertad lo afianza en el pasado indígena y lo relaciona con Cuauhtémoc, quien ha profetizado que un día Tenochtitlan será libre.

¿Cómo logra Riva Palacio relacionar la insurrección, el pasado indígena y seguir ponderando a Cuauhtémoc? Muy sencillo, como buen novelista romántico, por medio del amor.

El alma de la conjura criolla es una mujer, Juana de Carbajal, descendiente legítima de Cuauhtémoc, que padece y no desea para su hija Esperanza la vida de los criollos: sin tierra, sin patria, sin el reconocimiento de la inteligencia, sin gloria. Esta mujer instruida y cuya fortaleza en la lucha por la libertad la ha encontrado en los libros, en la Biblia, conseguidos a muy alto precio y ocultados cuidadosamente de los españoles y del Santo Oficio.

Para su hija escribe unas memorias en las que le cuenta cómo su familia descende del emperador Cuauhtémoc.

Las memorias se inician el año de 1521 cuando Cortés manda martirizar al emperador. La escena del tormento, en la que no hay violenta censura para el capitán español, sirve a Riva Palacio para exaltar a Cuauhtémoc y afianzar su categoría heroica. Cortés es vencido por Cuauhtémoc, pues en el martirio el emperador demostró que poseía como pocos la virtud específica del heroísmo, la más admirable: el *dominio de sí mismo*, y esta postura hizo perder a Cortés su oportunidad heroica, ya que con esa "bárbara sentencia" mancilló para siempre su portentosa hazaña.

En los albores de nuestro romanticismo, Ignacio Rodríguez Galván, en su *Profecía de Guatimoc*, reconoció la supremacía heroica del último *tlacatecutli*:

cabe Cortés, sañudo y Alvarado  
(varones invencibles, si crueles)  
y los venciste tú, sí, los venciste  
en nobleza y valor rey desdichado.

El héroe al que deben acogerse los criollos, que duda cabe, es Cuauhtémoc y, asimismo, hacer de la tradición indígena su pasado histórico.

La actitud de Cuauhtémoc rinde a uno de los conquistadores Santiago de Carbajal que se convierte de enemigo en servidor. Su hija Isabel se enamora del doliente, baldado y melancólico vencido.

En 1525, al partir Cortés a las Hibueras, decide llevar consigo a Cuauhtémoc. Isabel le hace saber su maternidad, el emperador al despedirse de su amada, convencido que no regresará, la consuela con este vaticinio: de mi sangre y tu sangre podrán nacer héroes y mi imperio volverá a ser *uno y solo y Tenochtitlan será libre*.

Felipe de Carbajal, nacido del amor, que no de la violencia, reúne las más altas calidades indígenas y españolas, símbolo de un mestizaje espiritual, es el abuelo de Juana de Carbajal, de Alfonso y Leonel de Salazar, educados en la tradición del pasado indígena que guardan y veneran, son los promotores de la rebelión en la que andan inmiscuidas todas las clases de la sociedad y por la que *Tenochtitlan será libre y su reino uno y solo*, para forjar, ellos, un mundo mejor y más humano.

El hijo de Cuauhtémoc se enlaza con prominente dama española. Sus tres hijas por una serie de malévolas contingencias son acusadas de practicar la ley de Moisés y denunciadas a la Inquisición. Atormentadas y quemadas en 1575, en el primer auto de fe que celebró pública y solemnemente la Inquisición de México.

Por qué Riva Palacio liga a la familia Carbajal, infamada por el Santo Tribunal con Cuauhtémoc? Pienso que este liberal convencido del sentimiento moral independiente de las religiones, de la libertad de conciencia, indignado ante lo inicuo del proceso de la familia Carbajal, que conoció en los legajos que manejaba, quemada y procesada por judaizante, encontró, al emparentarla con Cuauhtémoc, la manera de borrar el padrón de infamia, de dignificarla: sangre heroica la de Cuauhtémoc la redime. El martirio la hace acreedora a esa redención.

Este romántico liberal considera deber ineludible exhibir como un mal a la Inquisición: tradición contra modernidad, que restringe la libertad intelectual y de conciencia, y para ello, al modo de un escritor positivista —nunca lo fue— ni cayó en la trampa que el historiador positivista puso al novelista: la sumisión al dato histórico, embute en sus novelas documentos que asegura son incontrovertibles y que prueban la ignominia del Santo Oficio.

La obra novelesca de Riva Palacio es un vehemente alegato en contra de la represión, la intolerancia y el fanatismo. Adalid de la tolerancia racial, intelectual, política y religiosa, propone que ese mundo abigarrado de criollos, mestizos, negros, mulatos, judíos, herencia colonial, se integre al México republicano por medio de la tolerancia, del cabal respeto a la persona humana. A más de cien años de distancia este su mensaje cobra vigencia en nuestro mundo, en el que la represión y la intolerancia constituyen el pan de cada día.

En las novelas: *Monja y casada, virgen y mártir* (1868), *Martín Garatuza* (1868), *Las dos emparedadas* (1869), *Los piratas del Golfo* (1869), *La vuelta de los muertos* (1870) y *Memorias de un impostor, don Guillén de Lampart, rey de México* (1872), Riva Palacio sin abandonar "el color local" de la novela romántica, trata de apresar la fisonomía, la entraña del mundo colonial; recrea la vida y las costumbres coloniales. En la bullente vida del virreinato discurren todas las clases sociales, en juego contrastado aparecen con sus problemas y anhelos, pasiones, sentimientos, grandezas y flaquezas, sus reyertas. En estas novelas, con la vehemente fórmula romántica, aboga por los más desvalidos, censura y denuncia cuanto mengua la dignidad de la persona humana y pregona desde esta cátedra popular qué es la novela, la piedad y el humanitarismo.

No resulta, de todo esto, en alto grado significativa la novela histórica? Sus relaciones con la historia no son tangenciales, se tocan, y, muchas veces, se complementan en esa recreación libre y flexible de la realidad que aspira al apego de los hechos y en donde florece, como prueba de acercamiento máximo, la creación literaria y la investigación histórica, para potenciar la realidad y llevarla más allá de la compilación de los hechos, del documento, de la ficha del erudito, al enriquecimiento de la visión del pasado.

Y esta recreación del pasado nos revela el alcance que puede tener la novela histórica revalorada, especialmente, por un apasionado de la historia y político como Riva Palacio ya que —pese a las limitaciones de la novela histórica de su época— logra a través de su relato asaz expresivo, de retratos y actuaciones de los personajes novelescos e históricos, de la pintura del ambiente, despertar la conciencia social y política para proclamar un mestizaje espiritual,

racial e intelectual, que haga posible proyectado al futuro, el acuerdo fecundo de la vida mexicana.

La novela histórica colonial de Riva Palacio prepara el advenimiento de esa afición literaria con trasfondo histórico a los tiempos virreinales: tradiciones, leyendas, sucesos, que se hizo moda a fines del XIX y principios del XX y que cultivaron, entre otros muchos, Juan de Dios Peza, Luis González Obregón, Artemio del Valle Arizpe, Ermilo Abreu Gómez, Julio Jiménez Rueda, Mariano Silva y Aceves, Manuel Horta. En el arte cabe a Manuel Toussaint el mérito de haber incrementado profesionalmente el estudio, la revalorización y divulgación del arte virreinal. El gusto colonialista se derrama hasta las artes suntuarias. Esta evocación colonialista propiciada por Riva Palacio integró a nuestra cultura el pasado colonial.

La novela histórica colonial de Riva Palacio, primer intento por historiar la Colonia, ofrece otro aspecto aún más trascendente. Riva Palacio ha dado importancia a la tradición española, interesándose por el acontecer colonial. No rechaza ese pasado que es nuestro y no ajeno, lo recupera y lo injerta al proceso histórico de México. Su tarea desde el punto liberal es entenderlo y encontrarle su sentido, y lo consigue.

Al recuperar el pasado colonial y conferirle una dignidad, da nuevo cimiento histórico al liberalismo, y en la pesquisa y encuentro de los problemas del México independiente —tal la lucha entre el poder eclesiástico y civil— que también padece el liberalismo demuestra que esa lucha no es un fenómeno aislado que haya nacido espontáneamente, sino que es herencia colonial, y otorga así una secuencia histórica al liberalismo.

Para este gran liberal que es Vicente Riva Palacio, el movimiento reformista de los liberales no está desligado del pasado, se resiste a que el ser de México no tenga raíces, y, por lo mismo, al rescatar ese pasado colonial, encuentra que el liberalismo tiene antecedentes en la Colonia y puede decir desde su atalaya liberal, no estoy desvirtuando el ser de México, llevando por otro camino el pasado, sino toda la Reforma puede anclarse en ese pasado colonial, de manera que no hay ruptura entre la Colonia y el México independiente, en la secuencia del proceso histórico de México. Estas razones lo llevan a no sumarse a la vieja corriente liberal de rechazo al pasado colonial, sino, al contrario, a estudiarlo, a penetrarlo, a divulgarlo.

Si los conservadores escribieron una historia apologética en que Cortés es siempre el héroe, y la Colonia un mundo envidiable, y fue para ellos historia verdadera, pues todo lo nuevo la Reforma, la República no se aprueba, la de Riva Palacio será de comprensión, ya que su propósito, al entender ese pasado, es para que sirva de fundamento al México nuevo: la República. No le importa que ese pasado sea en muchos aspectos negativo, es nuestro y, como tal, hay que aceptarlo y no dejar a la patria dividida, sino darle unidad al proceso histórico mexicano.

La novela histórica colonial de Riva Palacio es una respuesta a esa polémica entre conservadores y liberales. Es proporcionarle al México republicano una fuerza, un fundamento sin necesidad de rechazar el pasado. Y al posesionarse del mundo

colonial en que los conservadores veían un mundo mejor, les arrebató su última carta, pues muy a su grande pesar ya no lo es, pertenece también a los liberales. Riva Palacio lo ha recobrado e integrado a la historia de México. Y tan perdieron esa historia los conservadores, que la voz del padre Mariano Dávila, que se alzó para combatir la novela histórica colonial de Riva Palacio, a la que llamó "tremebundo reto", no encontró eco. En cuanto a Riva Palacio, dado su gran sentido del humor, se conformó con responderle con un alegre retobo en verso y en fabla del XVII. Y en réplica a la novela colonial, "que presupone una visión política, apenas si existen novelas históricas conservadoras".

Es así como Vicente Riva Palacio se enamoró del pasado colonial, que no era ni podía ser patrimonio de los conservadores, y siendo él historiador y político, penetra en este pasado por la vía de la novela histórica, para vincular lo colonial con lo moderno liberal, su intento es instrumento de persuasión de la bondad del liberalismo, y al conseguir que ese pasado sea reconocido por el México republicano, este México nuevo puede continuar su proceso histórico indiviso, fuerte y seguro, como reza el lema que el escritor y soldado Vicente Riva Palacio acuñó al triunfar la segunda gran lucha por la independencia de México: *ni rencores por el pasado, ni temores por el porvenir*.

## Respuesta al discurso de la doctora Clementina Díaz y de Ovando al ingresar en la Academia Mexicana de la Historia

Por el doctor Miguel León Portilla

Privilegio ha sido para mí recibir la amistosa encomienda de responder y dar la bienvenida a Clementina Díaz y de Ovando que, a partir de hoy, se convierte en la primera colega nuestra en la Academia Mexicana de la Historia. Clío seguramente esboza una sonrisa. Terminó el carácter de club exclusivo para varones historiógrafos, por cierto nunca establecido por nuestros estatutos.

La, doctora Díaz y de Ovando toma posesión del sitial que ocuparon en primer término don Francisco A. de Icaza y luego don José López Portillo y Weber. Al elegirla sucesora de tan preclaros estudiosos, no fue motivo ni ocasión ser este el tan traído y llevado "año internacional de la mujer". La atención a sus merecimientos —atinada conjunción de saber histórico con maestría en el arte literario— constituyó, y me complazco en dar fe de ello, la razón única determinante de los requeridos votos que confirieron a Clementina el carácter de primera colega en la Academia.



Pensarán algunos que lo tardío de esta apertura se explica por el hecho de que, al menos en nuestro medio, ha sido muy reciente el despertar de un interés femenino por las tareas añejas a la historia. Sólo verdad en parte es ello, como vamos a verlo. Para iluminar con ejemplos la existencia de un creciente interés femenino por la historia, cabría citar los nombres de no pocas colegas, cada día más numerosas, y a muchas de las cuales, desde hace tiempo, se deben aportaciones realmente valiosas. Opto, sin embargo, por volver la mirada a un pasado, bastante más lejano, en busca de antecedentes dignos de tomarse en cuenta.

Más de un códice indígena ofrece la imagen plástica de la mujer *tlabcuilo*, escribana, que hace el registro de acontecimientos con sus fechas. Como muestra citaré la representación incluida en la página 30 del *Códice Telleriano-Remense*.<sup>1</sup> Consta así que entre los *xihamatlabcuiloque*, "pintores de libros de años", no faltaron las mujeres. De tiempos posteriores, don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl,<sup>2</sup> hablando a su vez de las fuentes y autores que pudo él consultar, menciona los documentos y otros papeles "de los archivos reales de Tetzcuco" que tenía en su poder la señora de Itztapalapa, doña Bartola Ixhuetzcatocatzin que, al heredarlos de su padre, al parecer había recibido también de él su afición por la historia.

Y para que no todo sea volver la mirada al pasado indígena, aduciré asimismo otro testimonio, sin duda de excepción, pero que confirma la persistencia en México de un interés femenino por la historia. Se trasluce éste en múltiples lugares de la rica obra, en poesía y prosa, de Sor Juana Inés de la Cruz. Específicamente un sólo texto citaré, tomado de su respuesta a Sor Filotea. Al hablar allí de su propio empeño por saber y aprender, nos dice:

proseguí, dirigiendo siempre... los pasos de mi estudio a la cumbre de la sagrada teología; pareciéndome preciso, para llegar a ella, subir, por los escalones de las ciencias y artes humanas...<sup>3</sup>

Enumerando luego las tales ciencias y sus métodos, tras referirse, entre otras, a la lógica, la física y la matemáticas, añade:

¿Cómo sin grande conocimiento de reglas y partes de que consta la Historia, se entenderán los libros históricos? Aquellas recapitulaciones en que muchas veces se postpone lo que en el hecho sucedió primero...<sup>4</sup>

De múltiples formas, aun en lo más sutil de su expresión, Sor Juana, sin ser historiadora, dejó entrever siempre un hondo sentido humano de lo histórico. Otro antecedente más cercano —hace poco descubierto—nos lo ofrece el de la primera cronista novohispana de nombre y obra conocidos. Me refiero a la hermana terciaria franciscana María de Jesús, autora de la *Crónica del Real Colegio de Santa Rosa de Viterbo* de Querétaro. Dicho trabajo, que María de Jesús comenzó a escribir en 1730, conservado mucho tiempo en el Archivo del Convento de la Cruz en la misma

---

<sup>1</sup> En la mencionada página 30 del *Códice Telleriano-Remense* aparece una mujer pintora con la representación de los glifos del día y el sol. En este caso *la tlabcuilo* era al parecer hija del señor Huitzilhuítl.

<sup>2</sup> Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, 2v., México, 1891-1892, I, 61.

<sup>3</sup> Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, prólogo de Francisco Monterde, México, Editorial Porrúa, 1969, p. 978.

<sup>4</sup> *Op. cit.*, p. 979.

ciudad, hasta hoy permanece inédito. Por fortuna otra colega historiadora, la doctora Josefina Muriel de González Mariscal, que me proporcionó estas noticias, pronto habrá de sacarlo a la luz pública.

Antecedentes son éstos y los otros mencionados del mundo indígena en relación con el hoy obvio florecimiento de la historia, como saber y arte, alcanzado aquí con la participación de las colegas nuestras, profesionales, y varias de ellas auténticas doctoras, en la misma disciplina.

Reconocimiento de tal realidad es haber invitado ahora, para que colabore en las tareas de la Academia, a Clementina Díaz y de Ovando. Sus estudios de maestría y doctorado en nuestra Facultad de Filosofía y Letras; rica trayectoria de docencia, desde hace muchos años, en la Escuela Nacional Preparatoria; excelentes trabajos de investigadora y desempeño como directora en el Instituto de Investigaciones Estéticas; numerosas y ameritadas publicaciones, amplia labor de conferenciante y actuación de asesora en instituciones como el Museo Nacional del Virreinato y otras, todo ello es colmado testimonio de una vida en la que tienen lugar primordial el quehacer histórico y los afanes siempre en pro de la cultura patria.

No ha sido ciertamente casualidad que hoy —al ingresar en la Academia— haya escogido Clementina, como tema de su discurso, el de la novela histórica en México. De hecho en su actuar como maestra e investigadora, de formas variadas pero en el fondo coincidentes, ha mantenido su atención dirigida sobre todo a la que cabe describir como atrayente región de colindancia entre el ámbito de lo histórico y el campo de la creación artístico-literaria.

Buscar significación, más allá de tajantes y arbitrarias distinciones, es criterio que pienso ha guiado a nuestra colega en sus acercamientos a temas de los periodos virreinal y del primer siglo del México independiente. A la postre cuanto es creación de cultura adquiere siempre un significado en la historia. Con el transcurso del tiempo, toda auténtica creación se torna susceptible de indagaciones, desde tantos puntos de vista, cuantos ofrecen las innumerables posibles perspectivas de quienes investigan el pasado para enriquecer sobre todo el bagaje cultural del presente e incluso atisbar mejor —más humanamente— el porvenir.

"Agua, viento, fuego y tierra en el Romancero Español", una de las primeras publicaciones de la maestra Díaz y de Ovando, aparecida en 1944, es ya prueba de lo que acabo de decir. Búsqueda hizo ella entonces de la proyección del pensar escolástico, y de erudición medieval nada menos que en los romances, la poesía "surgida de la brega cotidiana". Lo alcanzado en el estudio, que por cierto versa también sobre algunos romances novohispanos, es ya digno de atención: en el amor, la lucha, crimen, la aplicación de la justicia, las formas del obrar humano, tema del Romancero:

los cuatro cósmicos elementos —escribe Clementina— deben representarse en íntima relación con los sucesos históricos, ayudando a los aborígenes a vencer al

invasor o conjurándose en su contra en las horas angustiosas de la lucha. El viejo romance, el nuevo romance, el romance popular y el romance erudito, atribuyen a los elementos victorias y derrotas.<sup>5</sup>

Lo histórico en la creación literaria es también asunto de otra serie de aportaciones afines. Recuerdo sólo los títulos de algunas de ellas: "Amor y muerte en el Romancero", publicado en *Rueca*, 1948; "El Romancero y la Conquista de México", en *Revista de la Universidad*, 1949; "Tlaxcala en la épica y la dramática de la Colonia", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 19, 1951; "Baja California en el mito", *Historia Mexicana*, julio-septiembre, 1952; "El corrido de la Revolución", *La palabra y el hombre*, Universidad Veracruzana, 1956; "La novedad de América en los romances", en *Conciencia y Autenticidad Históricas*, Homenaje a Edmundo O'Gorman, México, 1968 y, para no alargar más esta enumeración, "Romance y corrido", *Veinticinco Estudios de Folklore*, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1971.

Si algún día reúne Clementina los estudios que he citado, y con ellos y otros que omití, integra un libro, más refulgente y asequible habrá de volvérsenos la rica significación histórica, atributo de creaciones que siendo hispánicas —como el romance— lo son también nuestras, hasta los mismos tiempos modernos, cuando aún sobreviven los corridos.

Obra, de índole diferente, también prueba de la acuciosidad de Díaz y de Ovando, es su libro sobre *El Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo*, aparecido en 1951, como volumen sexto en la serie de Ediciones del IV Centenario de la Universidad de México. Constituye esta aportación valioso acercamiento estético y documental a edificio e institución que, por mucho tiempo, fueron foco de irradiación del saber jesuítico novohispano.

*La Escuela Nacional Preparatoria, Los afanes y los días, 1867-1910*, en dos grandes volúmenes que sacó a luz el Instituto de Investigaciones Estéticas en 1972, confirma esmero y penetración como cualidades de los trabajos de investigación histórica de la maestra Clementina. Allí, con el auxilio de la licenciada Elisa García Barragán, reúne documentación copiosa que da base para valorar, con mayor objetividad y hondura, lo que ha significado para la vida cultural, social y política de México, nuestra Escuela Nacional Preparatoria.

Otros muchos afanes y días, en la vida de la nueva colega, han estado asimismo dedicados a la más bien difícil tarea de preparar ediciones —con estudios introductorios, notas y apéndices— de obras de autores que, por la huella que dejaron, merecen esta nueva forma de atención. Dos tomos, con los que se inició en 1959 la *Nueva Biblioteca Mexicana*, publicada por la Universidad dedicó Clementina para reunir en ellos las *Obras completas* de Juan Díaz Covarrubias, el joven liberal y romántico, periodista, poeta, autor de ensayos de tema social y de varias novelas

---

<sup>5</sup> Clementina Díaz y de Ovando, "Agua, viento, fuego y tierra en el Romancero Español", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, v. ni, núm. 11, México, 1944, p. 72.

históricas, que de muy temprana edad perdió la vida formando parte del grupo que mereció pasar a la historia como el de los mártires de Tacubaya.

También ha sido editora Clementina de algunas de las obras de los escritores, y por igual distinguidos liberales, don Juan A. Mateos y don Vicente Riva Palacio. En relación con éste último —de cuyas novelas históricas hoy nos ha hablado— varios son los estudios que también ha preparado. Tan sólo recordaré aquí la obra que fue su tesis de doctorado sobre la mordaz "galería de personajes contemporáneos" ofrecida por Riva Palacio en el volumen que intituló *Los Ceros*.

Natural y lógico es que la estudiosa de la significación histórica, de romances y corridos; la investigadora de temas de historia novohispana y del México moderno; la editora, en fin, de Juan Díaz Covarrubias Juan A. Mateos y Vicente Riva Palacio, al ingresar en la Academia, quisiera fijares en un asunto como el de la novela histórica, restringido sobre todo a la producción de quien fue uno de sus iniciadores más sobresalientes, el batallador liberal Riva Palacio.

No me alargaré en detenidos comentarios al discurso que acabamos de escuchar. Sólo haré públicas dos breves reflexiones, Sea la primera de felicitación, aunque aparejada con un amistosísimo reproche. Muy bueno es el tema escogido pero doña Clementina, al darle título —La novela histórica en México— anunció lo que aquí sólo en parte nos ha cumplido. Sea invitación el reproche: así como con tanto acierto nos ha hablado de Riva Palacio, le pedimos que, en obra más amplia, que en modo alguno tendrá que ser farragosa, y que aguardamos de ella, hurgue con mayor amplitud en el tema propuesto, en verdad interesante.

Mi segunda reflexión se dirige a valorar y subrayar algunas que considero muy positivas aportaciones en el discurso de Clementina. Entre ellas están su análisis de las obras citadas de Riva Palacio, para hacer ver la naturaleza de tal tipo de novelas, concebidas en pleno ambiente romanticista, y debidas, en este caso, a quien fue conocedor de archivos, tuvo especial papel en la redacción de *México a través de los siglos* y llegó a ser a la vez político destacado, poeta, dramaturgo, periodista y orador.

La búsqueda de significación históricas —intención aquí de la maestra Díaz y de Ovando— es por demás penetrante y comulgo con ella. Riva Palacio hizo ciertamente sutil rescate —desde el ángulo liberal— de la rica herencia de leyendas y cultura novohispanas. Pero los propósitos de don Vicente —contrapuestos a la admiración que por la Colonia sentían los conservadores— llevaron consigo una cierta concepción de la historia como instrumento, más que de dominación, de persuasión y final convencimiento.

Rescatar leyendas y aconteceres de la Colonia —sin mengua alguna de su interés cultural— significaba, como nos lo ha hecho ver la doctora Clementina, poner en evidencia las instituciones e ideales de una época que para siempre debía quedar superada. Por la vía de la novela histórica se buscaba situar en altorrelieve y en

contraste los tiempos idos —para muchos aún atrayentes— y las nuevas realidades republicanas que tanta sangre habían costado al México moderno.

De esta suerte se perfiló la novela histórica en Riva Palacio, conocedor de documentos, como los del Santo Oficio, sagaz político, escritor romántico y propugnador —según lo muestra Clementina— de una atrayente forma de creación al servicio de su propia ideología. En su novelística el ingrediente histórico es, en resumen, portador de propósitos de persuadir, pero dando solaz, sin fobias ni propagación de odios. Se acepta allí, como parte del ser propio e inescapable, aquello mismo que un nuevo orden de cosas para siempre ha superado. Es el contraste, digno siempre de atención, porque sólo conociéndolo y valorándolo, será posible apreciar los definitivos logros del liberalismo y la república.

Amiga Clementina, maestra del bien decir, colega historiadora, quiero manifestaros lo que de seguro ya sospecháis: esta Academia resulta ya bastante más simpática a nuestra protectora Clío. Mucho esperamos de quien viene a enriquecernos con su capacidad y esfuerzo. Seguramente otros rostros y corazones, también de maestras de la historia, habrán de continuar la nueva tradición que hoy aquí se implanta. Amiga Clementina, en nombre de nuestros colegas y en el propio, me es muy grato daros ya la más franca bienvenida en la Academia. Muchas gracias.